

LIGERA HISTORIA DE ALOSNO

Y MEMORIA PARA UN TRANVÍA
DESDE DICHO PUEBLO
A THARSIS

<https://aloscultura.com/>

Era el año 1849, cuando después de recorrer las alegres y pintorescas ciudades y pueblos de nuestras provincias andaluzas, y en la edad de mis ilusiones, mi destino me empujó al entonces denominado Rincón y límite de España (provincia de Huelva).

Conmovido salí de Sevilla, y ansioso por recorrer los pueblos y ciudades que en mi fantástica imaginación se me representaban, porque me decía. Al oeste de esta opulenta ciudad (la capital de Huelva) donde llegarán hasta sus confines, la misma alegría y animación que aquí se disfruta; pero ¡que desengaño! solo en aquellos pueblos de la provincia de Sevilla que enlazan con los de Huelva, y denominados tierra llana, es donde se observaba alguna semejanza, aunque pequeña, debida sin duda alguna a que entre ellos no existían carreteras ni de 2º orden.

Al aproximarme a Huelva, y extender la vista por todo sus contornos, observo bonitas y pintorescas cordilleras coronadas de bien plantadas arboledas y viñedos, y a Huelva recostada en su base, como una sultana en el harén, y lamiéndole sus pies los ríos Odiel y Tinto con sus brillantadas aguas y uniéndose en su vértice con el mar Océano, por donde entran y salen pequeños barcos, unos para su reducido comercio y otros para su pesquería.

Entrando en Huelva, en sus calles y casas, se observa el espectáculo primitivo de su renacimiento. Desde Huelva a Gibraleón, dos leguas, se caminaba por su llamada Vega, por una estrecha senda, la que, principalmente en los inviernos se hacia intransitable, y por ello los natales le aplicaban el epíteto, de ¿cual es el infierno?, la Vega de Huelva en el invierno. Por lo dicho, se puede venir en conocimiento de lo que seria Huelva y sus entradas

Desde Gibraleón, en dirección a los pueblos de la sierra, había que cruzar el río Odiel por la baja y estrecha muralla llamada Zua, con muchos arcos, que sirve para dar salida a las aguas de su río. Hoy se hace el paso por un magnifico puente tubular que admira el viajero, y lo contempla extasiado.

Pasado el puente, y a corta distancia, se deja la carretera que va hasta Ayamonte, y da principio un estrecho camino, el que, pasado unos olivares, se esconde entre espesos matorrales, que hace sufrir al viajero molestias considerables, hasta cuatro leguas en que aparece a su vista el pueblo de Alosno, del que me voy a ocupar.

El pueblo de Alosno se halla situado sobre una suave planicie, y se divisa, en todo su conjunto, desde el punto llamado Puerto Trigueros, equidistante unos seiscientos metros.

Al dirigir la vista desde el citado puerto, y observar el conjunto de sus bajas casas y sin blanqueo sus fachadas, se admira, sobresaliendo, como los castillos feudales, un hermoso edificio; la iglesia parroquial. Y en su contorno, espeso monte bajo y algunos molinos de viento, parecidos a los que Cervantes describe en su Quijote; en general su aspecto era y es triste.

A la entrada, lo primero que observé, eran unos paredones, a la derecha e izquierda; de casas que en otro tiempo albergaron la alegría y el dolor de sencillos habitantes.

Al mismo tiempo que iba internándome por sus calles mal empedradas, las rústicas construcciones de sus paredes de rocas parduscas, sus pequeñas ventanas, y bajas casas sin chimeneas, el humo infectante, que saliendo al espacio por puertas, ventanas y tejados, uniéndose con los humos de las casas inmediatas, formaban una espesa nube, que todo lo recubría; entonces me dije: ¡estos habitantes son esclavos de la opulencia y su vida es triste y penosa!

Al siguiente día, después de descansar, como es costumbre en todo viajero cuando llega a una ciudad o pueblo, me lancé a la calle para observar sus mejores edificios, usos y costumbres de sus habitantes

Mi admiración fue grande cuando observé la simétrica construcción de sus casas y el poco movimiento de sus vecinos, y que solo alguno que otro que marchaban a ocuparse de las faenas de sus campos; algunas mujeres que de una a otra casa pasaban, y a infinidad de chiquillos que entretenidos en sus infantiles juegos.

Entonces una pregunta, ¿y los hombres de este pueblo donde están? Con sentimiento me retiré a la posada.

Por la tarde vuelvo a salir para ver si podía darme mejor idea, pero la misma, solo variaba en que las mujeres vestidas a la serrana y en grupos, sentadas en el duro suelo, rezaban en coro, observando a sus pequeñuelos que a su alrededor jugaban.

Preocupado con la monotonía del pueblo por la falta de hombres, y deseando investigar su causa, me decidí a pasar y visitar al anciano cura Don Manuel Ambrosio Morón, el que me recibió con gran amabilidad y sencillez, y después de los saludos de costumbre, me dijo: - ¿en que puedo serle útil a Vd.?

Su sencillez y agradable aspecto me reanimaron, y por ello, en breves palabras le dije:

Sr. Cura, hace unos días he llegado a este pueblo, donde voy a ocuparme de la dirección de dos minas en sus inmediaciones, y como vengo de los reinos de Andalucía, en donde allí reina la alegría y la elegancia, creía que, por ser esta provincia limítrofe y en particular de la poética Sevilla, encontraría aquí la misma alegría y bienestar; pero al observar su monotonía y hábitos y la falta de hombres, se me ha representado este pueblo, que es una semejanza a las tribus faraónicas, según nuestros historiadores.

Con agradable sonrisa me contesto: -Cuando se viene de los bulliciosos pueblos de nuestros reinos andaluces, a los pueblos de la sierra, y se observa en ellos su monotonía, hábitos y costumbres, por el momento no se sabe apreciar la paz y tranquilidad que aquí se goza, hasta pasado algún tiempo, y después, cuando hay que separarse de estos sencillos habitantes y se vuelve a esos pueblos donde se agitan las pasiones; los recuerdos son tristes y penosos. Este pueblo es de reciente tiempo, contará unos cuatro siglos.

En su desarrollo, se vieron precisados a recurrir a los limítrofes para que les cedieran una parte de sus terrenos mas inmediatos, y esta cesión fue tan insignificante y poco fructífera, que les obligó, primero a los mas intrépidos a lanzarse al comercio ambulante. Viendo otros que aquellos aumentaban su capital, los siguieron sin vacilar, y así todos los aptos para el camino, ya en el comercio, ya en la arriería, buscan su vida y gustosos continuaron y prosperaron

Las mujeres cuidaban de sus campos, cardaban sus lanas, y con ellas se construían sus trajes y los de sus hombres y solo pensaban en rogar a Dios por su pronta venida.

Después de estas claras y sencillas explicaciones, me dijo: - Usted debe subir a la sierra en donde observar que allí los antiguos hicieron grandes explotaciones y beneficiaron grandes cantidades de minerales, según se manifiesta por las inmensas excavaciones y enormes montones de escoriales, y por el estudio que Ud. haga, podrá sacar algún día buen partido. Contento y animado le ofrecí cumplir cuanto estuviera de mi parte, para bien y prosperidad de este pueblo.

A los pocos días subí a la sierra, y lo primero que a mi vista se me presenta, en la confluencia de dos grandes cerros, fueron unos enormes montones de escorias y próximos a una corta a cielo abierto.

Prosiguiendo en mi estudio y a la parte Norte de la sierra, observé en toda su base y en longitud de mas de dos kilómetros, cortas y pozos, intercalados enormes montones de escorias, entonces y asombrado por la impresión que me habían producido, no sabia darme cuenta de lo que veía, y solo a mi mente acudía la idea de mis débiles fuerzas para elevar a mayor altura que los antiguos, subsiguientes explotaciones de sus minerales y beneficios. Necesito mucho dinero.

Con halagadoras esperanzas nada sentía a mí alrededor y caminaba al ocaso sin advertir los peligros que me rodeaban, hasta que me detuvo la fragosidad de su poblado monte.

Entonces tiendo la vista, y un silencio sepulcral reinaba en aquella extensa soledad, sumiéndome en tétricas reflexiones, y me decía: estas excavaciones fueron hechas por esclavos, y las cortas se asemejan a sus tumbas, y el tétrico pardo oscuro de sus escoriales al manto mortuorio; pareciendo oír mi oído el ¡ay! del moribundo, a la madre, la esposa, hijos, hermanos y amigos. El desconsolado llanto por aquel desgraciado ser querido pereciendo en el férreo yugo de su esclavitud, aumentando su terror las proyectadas sombras de su espeso ramaje en los bordes de sus cortas, los reptiles y animales dañinos que bajo su espesura se esconden; por lo que aterrado me retire de donde antes tantas y tan alegadoras impresiones recibiera.

Vuelvo al pueblo, y ya animado, me preocupa la idea de volver; pero para hacer un buen estudio, levantando un plano geológico, por el que a golpe de vista se pudiera conocer con claridad y precisión, la posición de sus cortas, pozos, escoriales, longitudes y latitudes de sus masas.

Para ejecutarlo, me fue preciso hacer algunas rozas, y así pude formarme una idea exacta de lo grandioso de aquellas masas inagotables.

Si bien por sus profundas cortas y pozos, los antiguos extrajeron de ellas grandes cantidades de mineral, estas debieran ser muy pequeñas, porque no conociendo ese agente poderoso de la pólvora y los motores que principiámos a emplear para grandes extracciones, ellos no debieron extraer de las masas mas que aquellos minerales fáciles de explotar, y no todos, quedando por lo tanto casi intactas las masas. En apoyo a estos cálculos venia el que ellos también fundieron una gran parte de sus crestos de hierro.

Ayudado por estos datos, me fue muy fácil extender una memoria, ya que con el plano y ella recorrí las ciudades de Huelva, Moguer, Sevilla y Cádiz, presentándolos a las empresas mineras, (entonces pequeñas) a capitalistas y banqueros; los que me contestaban: “-para prever a tan grandes explotaciones y a su beneficio se necesita formar una empresa con colosal capital, según dice y se observa en su plano, ¿y quien prestará el dinero para ello?”

Triste y pensativo me volví a este pueblo, y así pasé cuatro años esperando impaciente que la casualidad me favoreciera, como así sucedió.

El año 1853, siendo inspector y director de las minas de Riotinto Don Agustín Martínez Alcibar, después de un detenido estudio de aquellas minas,

al describir de ellas una memoria, incluyo en ella estas y otras, cuya memoria llevé a casa de Don Pedro Huidobro (a Sevilla), para que la publicase en el periódico *Correo Sevillano*, año (1852), y como uno de estos periódicos llegara a manos del hoy Excmo. Sr. Conde del Alosno, Don Ernesto Deligny, ocupado entonces en la dirección de Ferrocarriles Españoles, vino a Riotinto, consultó con dicho Sr. Alcibar, y este le remitió aquí con una carta para mí.

Tan inesperada casualidad me reanimó y ofrecí mis servicios al dicho Sr. el que me contestó: mañana subiremos a la sierra y la examinaremos con su plano, y así lo verificamos, volviéndonos alegres y contentos. Al siguiente día (sábado santo), volvimos, y después de recorrer todos los antiguos trabajos, y al bajar del denominado cabezo Gua, se despidió de mí diciendo: - Tengo una empresa con capital suficiente para estas minas, y voy a manifestarle cuanto he visto, y se marchó.

¡Cual sería mi alegría al saber la admisión de mis estudios y término de mis penalidades!

El Sr. Deligny elevó los trabajos a tan grande altura que llenaron de asombro no solo a los de este pueblo, sino a todos los habitantes de esta provincia.

En considerable número acudieron presurosos obreros para las minas, carreros y arrieros para los transportes de sus minerales al embarcadero de Huelva, y esta ciudad asombrada, vio flotar en el espacio las banderas de todas las naciones en los mástiles de sus grandes buques para cargar minerales. Como Huelva no esperaba tanta grandeza, sufrieron las consecuencias de su inexperiencia.

Los vecinos de Alosno, aterrados por la decadencia en que a causa del aumento y extensión que España iba dando a sus ferrocarriles y carreteras, su decaído espíritu les redujo a la emoción, y ni hablar ya de su agitado comercio; creían y veían con sentimiento en decadencia sus capitales.

Por el aumento tan crecido de operarios, carros y caballerías, era preciso aumentar su comercio, y los más perspicaces aprovecharon tan oportuna ocasión, instalando en sus casas comercios bien surtidos, los que bien pronto vieron recompensados sus esfuerzos; al observar otros el crecimiento de su comercio, aunque en menor escala, los imitaron.

Embebidos en su naciente ocupación, no advirtieron que la empresa minera de Tharsis adelantaba con rapidez su ferrocarril a la ría de Huelva, para el transporte de sus minerales.

Terminado el ferrocarril, y dando principio a su transporte, cesaron de repente operarios, carros y caballerías, dejando en triste expectación a estos vecinos.

Una inesperada ocupación para obreros, carros y caballerías, vino al poco tiempo a reanimar su abatido espíritu, cual fue, el abrirse al comercio nuestros ricos y abundantes criaderos de manganeso, y briosos se lanzaron a sus explotaciones, y por ello bien pronto el oro corría en abundancia, y con este grande recurso dieron principio a la reconstrucción de sus casas, elevándolas a las mas vistosas construcciones.

Blanquearon las fachadas de todas ellas, empedraron sus calles, construyeron escuelas primarias, superiores a todas las de la provincia; abrieron casinos, donde gustosos acudían en buena compostura, y para su buen orden, instalaron un cuerpo de guardias municipales, farolas para el alumbrado y serenos; después construyeron carreteras en todas las entradas de este pueblo, y hasta en su vestir, puede decirse es de los mas elegantes y serios.

El que suscribe, hijo adoptivo por ellos, y residente 33 años en este; el que desde su llegada ha venido observando paso a paso las causas de su elevación, y ha contribuido

cuanto sus pocas fuerzas y escasos conocimientos le han permitido; advierte que, para terminar su engrandecimiento y atraer capitales, industrias y ciencias, fáltales dos poderosos motores bien conocidos de ellos, cuales son; un tranvía con su locomotora y un colegio de 2ª enseñanza.

Por el tranvía se enlazará este con el establecimiento minero de Tharsis, que hoy cuenta con igual número de vecinos. Desde este a Tharsis, si bien tiene construida una carretera o camino vecinal, como dista más de cinco kilómetros es costoso y molesto.

Para el colegio, sus hijos, y de los pueblos inmediatos, acudieron presurosos a adquirir ciencia para proseguir carreras especiales, pasando de lo desconocido para ellos.

Para mayor claridad expondré en breves palabras la parte técnica que la mayoría de ellos desconocen:

1º.- La reunión de todos, sin mas prevención que el bien general de este pueblo.

2º.- Elegir entre sus individuos una junta directiva de los de mayor influencia, para que con libertad puedan ponerse en contacto con los jefes de Tharsis y autoridades de la provincia.

3º.- La junta directiva tendrá todos los poderes necesarios, y no estará obligada a dar cuenta de cuanto practique hasta conseguir todo lo que se le confíe, y sí, a su terminación, darle claras y explicativas demostraciones a la general, de todo lo practicado, si lo exigieren.

La construcción del tranvía ofrece grandes gastos a causa de extenderse, a mas de cinco kilómetros, y tener: 1º.- Que rehacer las paredes de muchos de sus cercados, por las salientes de sus curvas, en dos y tres metros, y atravesar uno.

2º Un puente en el arroyo de Valdeoscuro, de 4 metros de elevación por 4 de luz.

3º Los terraplenes, si bien son fáciles y ofrecen poco costo por su poco desnivel. Hay en tan largo trayecto bastantes, y pequeñas alcantarillas.

4º Dos estaciones principales: Una en el Valle de la linde (salida del pueblo) y la otra en el centro de la mina de Tharsis; otras dos: Una al sur del cabezo del polvorín del Vulcano, para apeadero de operarios de aquellas minas, la del Triunfo (en el cabezo de la Almagrera) Lapilla, Prado Vicioso y otras, y la segunda en la boca del llamado Hoyo, para los operarios que van a ocuparse en los trabajos de la corta llamada Esperanza, perteneciente a Tharsis.

El numero de empleados y operarios que diariamente van de este, a ocuparse a Tharsis y demás minas ya citadas, pasa de 300, a los que hay que agregar los vecinos de este, que en gran numero,

forzosamente, van unos con su comercio, sus madres, mujeres, hijos y hermanos, a consecuencia de haber dispuesto un ilustrado jefe de aquel establecimiento se abonen el siguiente día en sus oficinas, los jornales, menos un real que hayan devengado; lo cual se verifica en la tesorería, dos veces al día. Esto alivia al operario para atender a sus precarias necesidades diarias.

Construido otro pueblo, con el nombre de Alosnito, en la nueva mina denominada Lagunazo, vendrá a aumentar los transportes con el creciente aumento de su comercio y operarios, a semejanza de la de Tharsis. Esta mina dista de la de Tharsis unos tres kilómetros, y otra más próxima entre la del Lagunazo y Tharsis.

Construido el tranvía, el número de acompañantes mineros de Tharsis y Lagunazo, que en grandes grupos vienen a los

bautismos y casamientos, triplicaran los transportes, y dejaran de pagar parte de sus jornales en caballerías, cuando las encuentren arrendadas.

El pueblo se extenderá en su radio, el comercio se desarrollará considerablemente, los hijos de este pueblo que no se puedan dedicar al estudio, nuevas artes o industrias los elevaran a mejores condiciones de bienestar.

Alosno, a 26 de Julio de 1882

Luciano Escobar.